

## Capítulo V

### **Llegada a Santiago de Cuba y primeros**

### **Planes para la fundación del Instituto**

1. Llegada a Santiago de Cuba.
2. La primera noche en Santiago de Cuba.
3. Erección del Oratorio.
4. Terremotos en Santiago.
5. Primer encuentro con el P. Claret.
6. Muerte de la hermana Florentina Sangler.
7. Clausura y Noviciado.
8. La Casa-Madre del Instituto.

## 1. *Llegada a Santiago de Cuba*

El día 26 de mayo de 1852 la *Nueva Rosalía* enfilaba la embocadura del puerto de la «muy noble y muy leal ciudad de Santiago de Cuba». Las cinco expedicionarias fueron «recibidas con mucho aplauso de toda la ciudad» <sup>(1)</sup>, pero no tuvieron la alegría de encontrar entre la multitud que las esperaba al P. Claret. La primera Visita Pastoral que él estaba realizando entonces por la Archidiócesis en la circunscripción de Bayamo, le había impedido acudir a darles la bienvenida.

Hacía tiempo que todo estaba preparado en Santiago para recibir a las «monjas». El mismo Padre Claret se había preocupado de que nada les faltase a su llegada. Para ello comisionó al Párroco de la Santísima Trinidad de Santiago, D. Manuel José Miura, «sujeto de bien y de toda mi confianza» <sup>(2)</sup>

El clero de la ciudad, presidido por el Provisor del Arzobispado, D. Juan Nepomuceno Lobo, y una comisión de señoras, capitaneadas por Doña Manuela Caballero de Miura –la primera gran bienhechora el Instituto– salieron a su encuentro hasta el mismo muelle donde atracó la nave. Las acompañaron en medio de una gran multitud de santiagueses que demostraban gran interés y curiosidad por aquellas señoras recién llegadas de la Península; curiosidad explicable porque la mayor parte de aquellas gentes no había visto nunca a una monja. Pero quizás se desilusionaron porque aquellas mujeres que se decían monjas, eran como todas, y como todas iban vestidas. Bueno, un poco más vestidas que las demás.

En el Callejón del Carmen les había preparado un alojamiento provisional. La Madre María Antonia y sus compañeras que todo lo miraban desde una perspectiva sobrenatural consideraron como el mejor presagio el oír los fervorosos cantos que en la cercana Iglesia del Carmen se elevaban a la Madre de Dios en el piadoso ejercicio del mes de las flores. En la casita, todo había sido preparado de acuerdo con el amor entrañable que profesaban a la pobreza. La vivienda, de estilo colonial era chiquita: una sala-dormitorio con cinco catres; una sala-comedor con diez sillas y una mesa; una cocina con una chocolatera y una sartén:

«Este, dice la Fundadora, fue {el} guarnimiento e este nuestro primer convento» <sup>(3)</sup>.

Allí no había nada superfluo; aunque, sí había algo inútil: dos balcones que daban al Callejón del Carmen, para tomar el fresco y para curiosar lo que pasaba en la próxima Plaza del Carmen. Ellas los van a usar muy poco.

Una de las Madres que, unos años más tarde, llegará de España, dice haber oído a las cofundadoras del Instituto que la Madre María Antonia saltaba de alegría al ver que todo había sido preparado tan sencilla y pobremente. La confirmación de este testimonio ha quedado bien explícita en los escritos autobiográficos de la Madre Fundadora:

«Me alegré tanto al ver la casa tan des poblada, que saltando de contento decía: ¡Viva la santa Pobreza, hermanas mías; » <sup>(4)</sup>.

---

<sup>1</sup> *Aut.*, 161.

<sup>2</sup> D. Manuel José Miura estaba acompañando al P. Claret como secretario de Visita. Con él consultaba el P. Fundador el asunto de la fundación del Instituto y la venida de las jóvenes tarraconenses, como miembro de la Junta de Instrucción de Santiago de Cuba. A pesar de los buenos servicios que le prestaba en la Visita Pastoral, prescinde de él para encomendarle el asunto del recibimiento y alojamiento de las Madres en Santiago de Cuba. P. CLARET, *A Caixal*, 18 agosto 1851, *Epist. Claret.* I 592.

<sup>3</sup> *Aut.*, 164.

<sup>4</sup> *Ibid.*

Una vez más, se repite la historia, la historia de los orígenes de una obra que tiene todas las señales de ser inspirada por Dios: pobreza, estrechez, candor, inocencia, trabajo... y oración, mucha vida de oración.

## 2. *La primera noche en Santiago*

Aquellas damas santiaguesas que no estaban acostumbradas a mover un plato sin la ayuda de sus esclavas negras, se pensaron que aquellas jóvenes recién llegadas de la Península necesitarían también algunas criadas que las abanicaran. Y, así, después de haberlas instalado en su asita, les enviaron dos mujeres negras para que les hicieran los trabajos domésticos, y también para que no tuvieran miedo en su primera noche en Santiago. Pero ellas no se habían desplazado desde Tarragona para ser servidas por nadie, sino para prestar los servicios que pudieran; y el miedo, en vez de quitárselo, si es que lo habían sentido alguna vez, se lo aumentaron, por lo menos al principio, hasta que se fueron acostumbrando a la presencia de aquellas mujeres que les parecían muy extrañas, porque era la primera vez que veían a gente de color. Pero, pasada la impresión del primer momento, se divirtieron en grande:

«Nos dejaron con algunas negras para acompañarnos a la noche, y nos fuimos a retirar porque ya era tarde. Cierto era para alabar a Dios; y que nos reíamos nosotras mucho, vernos solas a la noche cerradas entre gente tan extraña...»<sup>(5)</sup>.

Al día siguiente enviaron ya a su casa a una de aquellas mujeres negras, y pidieron a la otra que se quedara para hacerles los recados pues ellas pensaban guardar su clausura religiosa lo más posible desde el primer día.

La Madre Antonia escribió inmediatamente al P. Claret comunicándole su llegada y declarándose ella y sus compañeras dispuestas a cumplir sus disposiciones. El P. Fundador les contestó el día 3 de junio con una carta brevísima, pero expresiva:

«Acabo de recibir las dos apreciadas cartas de usted. La una de Canarias y la otra anunciando su llegada. Ahora descansas, encomiéndenme a Dio a fin de que nos inspire la manera con que quiere ser de ustedes servido. Según usted me indica, aunque yo no me hallo presente, ya se cumple lo que dispuse, antes de marcharme.

Expresiones a todas las demás Hermanas y todas dispongan de su s.s.»<sup>(6)</sup>

## 3. *Erección del Oratorio*

Una de las primeras preocupaciones de la Madre Fundadora, una vez instaladas en su casa provincial, fue el tener un Oratorio donde celebrar los actos piadosos de la incipiente comunidad. En los primeros días de junio ya fue expedido el documento de erección de un Oratorio semipúblico por el Provisor del Obispo<sup>(7)</sup>; y el día trece, fiesta onomástica de ambos Fundadores, se pudo celebrar por primera vez la santa Misa en casa.

Para el mismo día trece habían conseguido ya el primer fruto de su apostolado en Cuba:

«comulgó con nosotras la criada que teníamos, que había 30 años que no se había confesado ni recibido el pan de los

---

<sup>5</sup> *Aut.*, 163.

<sup>6</sup> *Epis. Claret. I*, 655.

<sup>7</sup> *Aut.*, 166.

Ángeles. Siguió después confesando y comulgando todos los meses hasta la muerte» (8).

Una vez establecido el Oratorio en casa se pudieron considerar ya como en clausura. Pero les faltaba todavía algo muy importante para ser completamente felices en aquel su encierro voluntario; les faltaba, sencillamente, la presencia permanente del Señor Sacramentado en su Oratorio; en aquella minúscula capilla se celebraba diariamente la Santa Misa, pero todavía no le había parecido prudente al Sr. Provisor concederles permiso para tener reservado el Santísimo Sacramento. Así estuvieron hasta el día de San Agustín, 28 de agosto, de aquel mismo año. A partir de este día ya tuvieron siempre el Reservado en su capilla. El pretexto o causa exterior de este acontecimiento importante para las monjas, fueron los terremotos de Santiago. Al quedar casi todas las Iglesias en ruinas, el Oratorio de las Monjas se convirtió en capilla pública a donde acudían muchas personas en demanda de confesión y de la Comunión.

#### 4. *Terremotos en Santiago*

Hay que ocuparse de este acontecimiento, porque aunque no repercutió directamente sobre la casita del Callejón del Carmen, a no se del modo dicho, fue una tragedia que la comunidad vivió intensamente.

Cuenta el P. Fundador en su *Autobiografía*(9) que misionando en la población de Manzanillo – justamente por los días en que acababan de llegar de España la Madre Antonia y sus compañeras – sin saber cómo, se le escapaba la expresión de que dentro de poco vendrían grandes terremotos. Y por confesión posterior del mismo P. Fundador sabemos que, por revelación de Dios, había tenido conocimiento, no sólo de estos terremotos que estaban a punto de asolar la Isla, sino también del *cólera morbo* que vendría inmediatamente después. En una carta del cuatro de noviembre de 1852 decía al P. Esteban Sala:

«A mediados de mayo Dios me dio a conocer las grandes desgracias que se acercaban, de terremotos la primera; la segunda, enfermedades o pestes; la tercera, la pérdida de la Isla. Las dos primeras las publiqué después en el púlpito en diferentes sermones; mas la tercera me la reservé en particular aunque lo decía en general por tocar en lo político en que nunca me he metido» (10)

Los temblores comenzaron el día 20 de agosto y duraron hasta los últimos días de diciembre de 1852; aunque los días de mayor intensidad fueron los primeros. La catástrofe que produjo en Santiago fue escalofriante. Así describía la situación el periódico de la ciudad, *El Orden*, del día 20:

«Por todas partes se oye el piadoso grito de ¡Misericordia! Por todas partes se ven gentes postradas, implorando la clemencia divina. Hacia algunos puntos de la ciudad vemos una nube de polvo, que anuncia la caída de algunos edificios. Vense señoras desmayadas, y niños que salen despavoridos de sus escuelas, y padres y madres que corren hacia ellas en busca de sus hijos. Algunos templos han sacado a la Majestad Divina a sus puertas para mayor consuelo del atribulado pueblo que elevando a Ella sus ojos y sus corazones, busca la protección que necesita ...»

Y el día 22, domingo, informaba de nuevo el mismo periódico:

---

<sup>8</sup> *Aut.*, 167.

<sup>9</sup> P. CLARET, *Autobiografía*, n. 528.

<sup>10</sup> *Epist. Claret*. I, 706.

« La ciudad presenta por todas las calles escombros de paredes, cornisas y aun edificios caídos. Todas, todas las casas se han resentido más o menos, muchas se hallan en malísimo estado; y muchas también inhabitables. Las gentes se han refugiado en las estancias y haciendas inmediatas; en los buques, en las plazas, en las entradas, en la Alameda; pues todos huyen de los edificios que van desmoronándose; ¡Cuadro horroroso por cierto, es el que presenta la ciudad!»

Afortunadamente, la casita de las monjas no experimentó el más mínimo desperfecto, a pesar de hallarse tan próxima a la Iglesia del Carmen, cuya torre quedó cuarteada y sus arcos y sus muros ruinosos <sup>(11)</sup>; la Madre Fundadora se hace eco de ello en sus apuntes autobiográficos:

«... preservó Su Divina Majestad la Casa intacta de los terremotos, sin caerse, ni siquiera menearse las estampas de papel que teníamos colgadas en la pared, tanto que en el segundo terremoto que se cayeron más Edificios que en el primero, nos quedó tan sin señal ninguna de estrechón violento que ni siquiera fue menester quitar el polvo de la mesa del Altar para darnos la Comunión aquella misma mañana» <sup>(12)</sup>

Las gentes vieron en esto algo portentoso. Y muchas personas acudían a buscar protección en la casa de las monjas:

«les parecía que en nuestra Casa estaban libres de los temblores, tanto, que hubo señora que abandonó toda su familia para quedarse en casa día y noche, y por más que sus hermanas l querían quitar diciéndole que nos era molestia a nosotras, no hubo medio hasta que vino la peste que desolaba las familias» <sup>(13)</sup>.

Durante los trágicos días de los terremotos el retiro de las monjas se vio perturbado no poco

«por la mucha gente que venía con el pretexto de confesarse y oír misa, y mucho más por el gusto de ver a las Monjas, que para esta gente que nunca las habían visto, era cosa tan nueva que no acababan de maravillarse, pareciéndoles que hablaban con Ángeles del cielo» <sup>(14)</sup>.

No cabe duda de que con ocasión de los terremotos las monjas ganaron muchos puntos en al altísima consideración en que ya eran tenidas por todos en la ciudad.

Esta desgracia pública fue lo que ocasionó el primer encuentro del P. Fundador con sus hijas en Santiago de Cuba. Cuatro meses llevaba ausente de la capital de la Archidiócesis el celoso Prelado realizando su primera Visita Pastoral.

##### 5. *Primer encuentro con el P. Claret*

El P. Claret estaba por estas fechas en la misión de Bayamo. El día 20 se percibieron también allí claramente algunos temblores; pero ni en Bayamo ni en su comarca tuvieron repercusiones especiales. Por lo mismo continuó su trabajo apostólico sin pensar acudir con urgencia a Santiago. Don Juan Nepomucero Lobo, avisó al Arzobispo de la conveniencia de su presencia en la ciudad. El pueblo lo reclamaba como consuelo supremo en aquella calamidad.

El día uno de setiembre se puso en camino el P., Claret. De ello tuvieron noticia los santiaguenses, los cuales se creyeron que llegaría a la ciudad al atardecer del día dos. Esta

---

<sup>11</sup> BACCARDI, o.c., II, agosto, 1852..

<sup>12</sup> *Aut.*, 170.

<sup>13</sup> *Aut.*, 169.

<sup>14</sup> *Ibid*

ansiedad de la población por ver al amado Pastor está magníficamente descrita por el periódico local:

«A la hora que entra en prensa nuestro presente número, está reunido en el Puente de Yarayó un inmenso gentío, que, con gran parte del clero, espera ansioso a nuestro Pastor... Nada se iguala al gusto con que el pueblo lo esperaba: creemos que cuando todavía no está concluidas estas líneas, ya lo veremos llegar. ¡Venga para nuestro consuelo, y guarde Dios tan preciosa vida!» (15)

Pero los 160 kilómetros que separan a Santiago de Bayamo no los pudo recorrer el Arzobispo en tan breve espacio de tiempo. Por eso la desilusión de aquellas gentes fue inmensa. El P. Claret llegó a Santiago a las nueve de la mañana del día siguiente. Y sin reposar ni un momento recorrió las calles, visitando las Iglesias en ruinas. Se preocupó inmediatamente de que en las plazas y paseos públicos se organizase el culto para que los fieles no careciesen en aquellas circunstancias del consuelo de la Religión, porque las iglesias «a excepción de la de Santo Tomás, todas han quedado inutilizadas; de modo que se celebran las misas, se confiesan y comulgan las gentes en las plazas» (16).

El mismo P. Fundador nos cuenta en su *Autobiografía* la tremenda impresión que le produjo el espectáculo de la ciudad en ruinas:

«Dejé la misión de Bayamo y fui a Santiago, quedé espantado al ver tantas ruinas; apenas se podía pasar por las calles de tantos escombros. La Catedral estaba completamente descompuesta... el Palacio quedó arruinado; lo mismo digo de las demás Iglesias, más o menos; de modo que en las plazas se formaron capillas y en ellas se celebrara la Misa y se administraban los Santos Sacramentos y se predicaba. Todas las casas se resintieron más o menos» (17).

En la *Alameda*, junto al mar, se improvisó una capilla de tablas y tenderete de lona que resguardase del sol y de la lluvia a las gentes. En este escenario organizó unos cultos el Arzobispo con carácter de verdadera misión, que fueron muy concurridos:

«Asiste el General y todas las demás Autoridades civiles y militares, y toda la gente de la ciudad: es inexplicable la compunción y el fervor de todos» (18).

La prensa local se hacía eco también de esta «Misión de la Alameda». La gente asistía impasible en medio de la lluvia a los sermones del Arzobispo, cuya voz resonaba con tal unción «en medio de la crecidísima concurrencia que ni se oía respirar» (19).

Desgraciadamente no sólo fueron los temblores. A estos les siguieron unos aguaceros torrenciales que acabaron de derribar muchos edificios que aún se sostenían en pie. Bacardí en sus *Crónicas de Santiago* (20) dice que se desencadenó «un temporal de agua desde la una de la tarde hasta el día siguiente a las diez de la mañana»; noticia que confirma el P. Claret en una carta a D. Fortunato Bres:

«Mi palacio se ha rajado de arriba abajo, por diferentes partes, y muchas paredes han perdido el equilibrio y se han de echar abajo, si es que da tiempo, porque ahora han empezado las lluvias, y, desde que llueve ya se han caído muchas casas» (21).

---

15 *El Orden*, 2 sept. 1852

16 P. CLARET, A D. Fortunato Bres, 3 sept. 1852. *Epist. Claret*, I, 685.

17 P. CLARET, *Autobiografía*, n. 529.

18 P. CLARET A D. Fortunato Bres, 3 sept. 1852. *Epist. Claret*, I, 686-687.

19 *El Orden*, 14 septiembre, 1852.

20 BACCARDI, o.c., III, septiembre, 1852.

21 P. CLARET, A D. Fortunato Bres, 3 septiembre, 1852. *Epist. Claret*, I, 686.

Si las pérdidas materiales fueron tan ingentes que el mismo P. Fundador las valoró en más de dos millones de duros, en cambio, no hubo que lamentar nada más que tres muertes: «dos personas que quedaron sepultadas en las ruinas y una que murió de susto» (22).

El mismo día de su llegada a Santiago, por la tarde, visitó el Arzobispo a las futuras monjas, en su propia casita del Callejón del Carmen. Fue el primer encuentro del Padre con sus hijas. Y, en verdad, que hartamente necesitadas estaban ellas de algún consuelo. Sus primeros meses en la Isla no habían tenido nada de alentador. Los terremotos hubieran sido más que suficientes para desanimar a mujeres menos esforzadas que aquellas cinco catalanas. Ellas habían atravesado el mar, dispuestas a todo, pero, sin duda que no esperaban un recibimiento tan movido de la Isla. En los escritos de la Madre quedan los testimonios del aliento que esta visita del Arzobispo infundió en todas (23).

En esta primera visita ya se planteó la cuestión de la organización definitiva del Instituto. A primera vista, las cosas no se presentaban nada fáciles. La Madre Fundadora estaba convencida de la inspiración o revelación de Dios habida en Tarragona de que sería el P. Claret quien les ayudaría en la organización de las primeras casas del Instituto; pero esta ayuda estaba condicionada por las circunstancias del tiempo. La Madre tenía el conocimiento, por inspiración divina, del hecho definitivo; y quizás equiparaba el *resultado último al origen histórico*. Y aquí es donde puede surgir una deficiente interpretación de los escritos de la Madre Fundadora, cuando ella relata la impresión de esta primera visita del P. Claret, y también algunos hechos posteriores relativos a la organización y legislación constitucional del Instituto.

Este es el caso del P. Cepeda (24) el cual ve ciertas sombras respecto al P. Fundador en algunos párrafos de los escritos de la Madre. No existía, en realidad, disparidad de criterios entre ambos. Veremos más adelante cómo la idea clave del Instituto era la misma en los dos. Pero resulta – como se dirá oportunamente – que esta idea central del Instituto suponía una innovación en la Vida Religiosa que chocaba con las leyes civiles y canónicas vigentes. Por eso el Fundador, más realista que la Madre Fundadora, sabía que era preciso ir poco a poco en la conquista de algo que, atacado de frente, no se conseguiría jamás. Aquí, únicamente aquí, radia la divergencia que, a veces, se puede apreciar entre los dos, tal como queda reflejado en los escritos de la Madre. Esta pensaba, en su sencillez, que lo que era una inspiración de Dios – como lo era su carisma de Fundadora – habría de ser admitido, sin más, por los celosos guardianes del orden canónico establecido. El P. Fundador, en cambio, como miembro de la Jerarquía, sabía que las cosas había de ser probadas y comprobadas antes de recibir la aprobación definitiva. Por eso, a la hora de la realización práctica, preferirá ir poco a poco en la conquista de lo que él cree y sabe que es inspiración de Dios.

Sólo así se pueden explicar expresiones como éstas de la Madre Fundadora:

«el día que vino (el P. Claret) la primera palabra fue preguntarme, que qué queríamos hacer, significando en su modo de hablar, que nada sabía de lo proyectado; y como quien dice que no sabía por qué habíamos venido: cuando él mismo me había dicho años pasados que no dudare, que la obra se haría, y ahora todo era decir que no intentare novedades, que había de ser una Casa de la Compañía de María. En esto el Provisor era el principal, pero él no tenía culpa porque nada sabía de mis cosas. Ni el Arzobispo quería mortificarme sino que Dios quería se cumpliera su palabra. En este cambio tan inesperado me quedé tan asombrada que casi no sabía qué decir; porque el echar en cara al Arzobispo delante del Provisor la conferencia que habíamos tenido en el Convento de Tarragona y a los apuntes que él había leído no me pareció regular, y así, apelé al silencio, como quien no tiene nada que decir, dejando la causa en manos de Dios. Dijo que otro día volvería el Provisor sólo porque él se iría pronto a acabar la Santa Visita; que el Provisor entendía más estas cosas y que con él arreglaríamos cómo se haría la solicitud al Gobierno para

---

22 *Ibid.*

23 Cfr. *Aut.*, 172-173.

24 CEPEDA, p. 50 y ss.

la fundación. Este desprendimiento del Arzobispo penetró de pena el alma de mi pobre hermana, y compañera la Hermana Florentina»<sup>25</sup>

Efectivamente, al día siguiente se presentó de nuevo en casa el Provisor, Don Juan Nepomuceno, el cual como buen conocedor de las leyes civiles vigentes en materia religiosa en España y en sus posesiones de ultramar, les presentó un cuadro nada halagüeño sobre las perspectivas de la fundación. Les puso ante la vista incluso el espectáculo de los terremotos, bastante frecuentes en la Isla. Y, apelando a las *profecías* del Arzobispo (<sup>26</sup>) les previno que España perdería la Isla y que ésta pasaría a manos de los Estados Unidos. El Provisor quiso sin duda hacerlas conscientes de las dificultades que les aguardaban.

Una mujer menos animosa que la Madre Fundadora hubiera tenido motivos más que de sobra para abandonarlo todo y regresar a las amables colinas de su Tarragona natal. Pero aquellas mujeres, al embarcarse para Cuba no lo habían hecho en plan de recreo, sino para trabajar y sufrir por la expansión del reino de Cristo. Por eso no es de extrañar que la buena Hermana Florentina Sangler, fiel confidente y compañera desde el principio de la Madre, se quedara «asombrada de ver la serenidad ñeque yo oía tales cosas y la tranquilidad y reposo con que respondí al Provisor diciéndole que estas cosas ninguna impresión me hacían»(<sup>27</sup>).

Con la valentía propia de quien va con la sinceridad por delante, y con el ánimo dispuesto a cumplir en todo la voluntad de Dios, la respuesta de la Madre no pudo ser más tajante. Ella creía que el Provisor le ponía tales dificultades porque habrían surgido contratiempos irremontables para la fundación. Por eso pide la misma sinceridad que ella manifestaba en todo:

«...que mi único móvil en venir a esta tierra había sido el dar cumplimiento a la divina voluntad, y que ésta la había de saber por mi Prelado; y así que dijese al Arzobispo que sin ningún respeto humano dijera si delante de Dios conocía ser del agrado divino el que se pasare adelante; o que si por las ocurrencias presentes le parecía voluntad de Dios volvernos a España, lo dijera con toda franqueza que el mismo espíritu que me había traído me volvería a mi Patria»(<sup>28</sup>).

Pienso que el P. Cepeda no interpretó bien – como ya dijimos anteriormente – este párrafo de la Madre Fundadora, porque no sabía cómo poner a salvo lo que él creía el honor comprometido del P. Fundador. No hay por qué suponer connivencia alguna entre el P. Fundador y el Provisor para *probar* la firmeza de la vocación de aquellas cinco mujeres, porque ésta estaba ya suficientemente demostrada por el simple hecho de abandonar su convento de Tarragona y atravesar el océano. «La aparente frialdad del Prelado y el negro cuadro de las circunstancias del país que les hizo del Sr. Lobo eran a todas luces, dice el P. Cepeda (<sup>29</sup>) medios para probarlas si estaban firmes en la vocación». Esta prueba podría haberse hecho con unas jovencitas que llaman a las puertas de su noviciado, pero en modo alguno con unas mujeres curtidas ya en combates más difíciles para poder cumplir la voluntad de Dios, como los sostenidos por la Madre Fundadora y por la Hermana Florentina Sangler. La explicación justa de estas palabras la dimos anteriormente. Y la misma Madre Fundadora la insinúa:

«Viendo yo que todo se encaminaba a una fundación de la Compañía de María, determiné escribirle (al Provisor) en reserva, pues que ya el Arzobispo estaba a la Visita (Pastoral), haciéndole entender en pocas palabras que no seríamos de la Compañía de María, que se lo avisaba para su gobierno. El Provisor ningún caso hizo de este aviso, antes mirando como

---

<sup>25</sup> *Aut.*, 174-175.

<sup>26</sup> P. CLARET, *Al P. Esteban Sala*, 4 nov. 1852. *Epist. Claret*, I, 706.

<sup>27</sup> *Aut.*, 177.

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> CEPEDA, p. 51.



imposible nuestra fundación si no era una Casa de la Compañía de María, pasó adelante la solicitud según él tenía proyectado sin saber mis adentros»<sup>(30)</sup>

Más tarde, la Madre Fundadora insinuará también su disgusto al P. Fundador. Este le contestará con una carta que clarificará plenamente cuanto acabamos de indicar:

«Muy querida Hermana:

Acabo de recibir la de Usted con la del Sr. Obispo de Urgel, y en contestación digo ...que tanto para el Gobierno que había de dar permiso para la fundación como para vosotras eran indispensables las Reglas éstas y no las de San Benito. Aprobada que sea por el Gobierno vuestra fundación, corre a cuenta del Prelado para aprobar todo lo que se quiere. Con esta contestación... me parece que todas me entenderéis.

Encomiéndenos a Dios y dé expresiones a todas las Hermanas y niñas, y mande de S. S. S.

Antonio María, Arzobispo de Cuba»<sup>(31)</sup>.

El Dr. Caixal a quien, sin duda, la Madre Fundadora hizo sabedor de sus angustias, se creyó en la obligación de protestar ante el P. Claret por lo que él creía una traición al ideal primitivo. El quería, desde el principio, una más acusada personalidad del Instituto. También al P. Claret le hubiera gustado; pero, más realista que Caixal, sabía que no se podía pretender más por ahora; más adelante se intentaría; se lo decía expresamente en su respuesta del 24 de septiembre de 1853;

«Muy apreciado hermano:

Por el correo he recibido la de Usted de 27 de julio, y quedo enterado de cuanto en ella me dice: Respecto a las Hermanas o Monjas, es regular que le hayan escrito cómo han comprado una casa y solar para la fábrica de un edificio análogo a su fin; yo, a más de lo que les había dado hasta aquí, les he entregado mil duros, y estoy dispuesto para hacer cualquier cosa por ellas.

Según V. se explica, no les gusta mucho que la hayan pedido las Reglas de la Enseñanza; pero yo le digo que es una necesidad, y aun así habrá trabajo para la aprobación Real. Acuérdesse que le decía desde un principio, que en ésta, por razón del Real Patrono, estamos en una posición muy distinta de España y Francia. Yo lo que digo, que sea aprobadas de un modo u otro, que yo, como Prelado, ya sé lo que me toca hacer o aprobar»<sup>(32)</sup>.

Una vez más la Hermana Antonia tuvo que hacer gala de su confianza incondicional en las promesas divinas. No sabía por qué caminos llegaría, pero estaba segura de que los planes de Dios de fundar una Orden Nueva se cumplirían<sup>(33)</sup>

## 6. *Muerte de la Hermana Florentina Sangler*

Las dificultades que tan duramente les había expuesto el Provisor eran algo irreal. Las iban a experimentar personalmente muy pronto. Apenas unos días después, la Hermana Florentina Sangler contrajo la *fiebre amarilla*, muy frecuente por entonces en la Isla. Sus efectos eran tan rápidos que en muy pocos días podía acabar con la naturaleza más robusta. La Hermana se sintió indispuesta el día 14 de septiembre. De nada le sirvieron los cuidados maternos de la

---

<sup>30</sup> *Aut.*, 178.

<sup>31</sup> *Epist. Claret.*, I, 903. El P. Claret había pedido a Tarragona las Constituciones de la Compañía de María.

<sup>32</sup> *Epist. Claret.* I, 891.

<sup>33</sup> *Aut.*, 178.

Madre Fundadora y de sus compañeras. Murió el día 22 del mismo mes de septiembre. Ocho días bastaron para que la fiebre amarilla se cobrara la primera víctima del todavía no fundado Instituto. Se puede suponer cual sería la consternación de todas las Hermanas; pero, sobre todo, de la Madre Fundadora:

«La pena que inundó mi alma en esta tristísima ocasión sólo podrá comprenderla el que conozca la simpatía que sienten dos corazones que Dios une para sí con un mismo espíritu. El dolor que sentí fue igual al amor que le tenía, pues no era menor que el mismo amor que Dios compone, y la amaba como parte de mi alma. Así que sentí tanto dolor en esta triste separación, como que se apartare mi alma del cuerpo» (34).

No sólo perdía una hija, sino también la fiel compañera y confidente de los primeros planes de la fundación del Instituto y de los amargos trances de la salida del Convento de Tarragona. Era natural que en aquellos momentos se sintiera extremadamente solo:

« ¡Qué de cosas me afligían a la vez!!! ¡Su pérdida irremediable!!! ¡El país tan desconocido!!! ¡Mi soledad completa!! Porque aunque me quedaban las tres jóvenes eran tan tiernas en la práctica de las virtudes que necesitaban todo mi valor y esfuerzo para no desfallecer de su buen propósito. ¡Oh juicios impenetrables de Dios! Me promete Dios a esta criatura para ayudarme; llámala Su Majestad para que me siga; obedece fiel al llamamiento divino, y apenas habíamos asentado el pie en el lugar del llamamiento, se la lleva para sí, sin duda para darle el premio de su encendido celo, y me deja otra vez tan sola como el día que me llamó» (35).

Como muestra del amor que el Arzobispo tenía a las que ya consideraba como hijas, dispuso que se le hicieran a la Hermana Florentina las honras fúnebre en la Catedral, a pesar de que se hallaba medio en ruinas por los terremotos, y se le diese cristiana sepultura en la parte del Cementerio general reservado al clero. Y allí reposaron sus restos hasta que dos años más tarde fueron exhumados y depositados definitivamente en el Panteón familiar de Doña Manuela Caballero de Miura.

## 7. Clausura y Noviciado

La Madre Fundadora no quería ser gravosa al Arzobispo. Por eso, desde el primer momento quiso ganarse el sustento con el trabajo de sus manos. Únicamente al día siguiente de su llegada aceptaron los alimentos que para ellas mandó preparar en su propia casa D. Manuel José Miura, a quien el Arzobispo había confiado los preparativos del recibimiento y acomodo de las Hermanas. Después, dice la Madre «nos quedamos con una sola criada, y nos proporcionó trabajo para poder sustentar con el sudor de nuestro rostro sin ser molestas a nadie» (36). El clero de la ciudad les proporcionaba trabajo más que suficiente. El lavado de los ornamentos de las iglesias, y la confección de otros nuevos fue su ocupación diaria durante los primeros meses de su estancia en Santiago. Era ésta precisamente una de las finalidades que el Arzobispo había tenido en mente al llamar a Antonia y a sus compañeras. Con estos trabajos, y algunos bordados para las señoras principales de la ciudad ganaban de sobra para el frugal sustento de cada día; incluso podían ir ahorrando algo con miras a la instalación definitiva. Trabajaron más de lo que podían. Las condiciones de su alojamiento, la difícil aclimatación al nuevo ambiente y la falta de instrumental más indispensable les hacía más dura aún la faena de cada día:

«Gracia fue muy grande de Nuestro Señor el conservarnos la vida con tanto trabajo como hacíamos; con tan poca proporción, y falta de todo lo necesario, que todo ayudaba para hacer más pesado el mismo trabajo, que de sí lo era mucho, especialmente a personas que no estábamos acostumbradas y sobre todo en un clima tan pesado, y que era la estación más pesada;

---

<sup>34</sup> *Aut.*, 180.

<sup>35</sup> *Ibid.*

<sup>36</sup> *Ibid.* 165.

fue tanta la gracia y fuerzas que Dios nos dio que puedo decir con toda verdad que más trabajamos cuatro en un año que trece en tres»<sup>(37)</sup>

Pero, como la finalidad de la incipiente institución era, sobre todo, el apostolado de la enseñanza, había que pensar en abrir las clases para la instrucción gratuita de las niñas de la población. El Provisor, viendo que la casita del Callejón del Carmen no era apta para la clausura de las monjas y para locales de escuela, buscó una a su gusto; llegó incluso a cerrar el contrato de alquiler en 80 pesos mensuales. Pero la Madre, con su típico realismo catalán, viendo que la casa alquilada no podía ser tampoco solución definitiva para Convento y Colegio y además considerando «que los meses pasan volando y nos cuesta mucho de ganar 80 pesos»<sup>(38)</sup>, prefirió quedarse de momento donde estaban. Y aunque la casita no ofrecía muchas posibilidades, con un poco de buena voluntad y mucho de estrechez, se las ingeniaron para instalar unas sillas y unas mesitas en dos habitaciones. Lo que era el primer oratorio, se convirtió en clase, y se habilitó una «iglesia nueva, que era tan chiquita que no cabían más que el Celebrante, el Sacristán y tres o cuatro personas más»<sup>(39)</sup> Esta iglesia de juguete fue inaugurada solemnemente por el propio P. Fundador el lunes de Pentecostés de 1853.

Antes de que se abriera el Colegio, el P. Fundador quiso que las Hermanas se constituyeran en Comunidad religiosa propiamente dicha, para que desde el momento mismo en que se abrieran las clases, se empezara a ensayar, en todo, el mismo género de vida que se pretendía establecer canónica y civilmente cuando llegaran los correspondientes permisos que ya se estaban agenciando. Se señaló el día 7 de junio de 1853 para empezar el año de Noviciado, para que cuando llegaran los permisos necesarios pudieran emitir la Profesión religiosa.

Efectivamente, el día 7 de junio había un ajeteo especial en torno a la casita de aquellas señoritas españolas que vivían como monjas, pero que no lo parecían, porque vestían como las demás. Se decía que iban a vestir desde ahora el hábito de monjas verdaderas. Y, además, que iban a quedar encerradas, sin poder salir para nada de su casa. En realidad no es que hubieran salido mucho desde que habían llegado un año antes; aunque alguna vez las habían visto ir a la Iglesia del Carmen; pero ahora, decían que les iban a cerrar la puerta por fuera para que no pudieran salir. Desde entonces solamente se las podría ver si se iba expresamente a su casa, y a través de unas maderas cruzadas que se parecían mucho a las rejas de la prisión municipal, sólo que las que separaban a los detenidos de sus visitantes eran de hierro.

Los rumores de la gente eran verdad. El día 7 de junio el Arzobispo se presentó muy de mañana en la casita de las monjas. Celebró la Santa Misa; comulgaron las cuatro Hermanas; y en una plática emotiva y fervorosa les habló de lo que significaban aquellos cuatro hábitos que dentro de poco les impondría. No hubo solemnidades especiales para la toma de hábitos. No hubo ni padrinos, ni ceremonias de altos vuelos; sencillez máxima; todo muy íntimo. Al final de la santa Misa, el Arzobispo bendijo los cuatro hábitos. Se arrodillan, una a una, delante del Arzobispo y este les va entregando el hábito que las va a distinguir de todas las demás religiosas. Se retiran, y vuelven, poco después, vestidas como novicias. El hábito es sencillo; nada de complicaciones: una túnica de estameña y escapulario negros; toca y velo blancos; un ceñidor de la misma tela de la túnica y un rosario colgando del ceñidor como símbolo de su consagración especial a María Santísima. Fundamentalmente, el hábito es el llamado de San Benito «pero reducido»<sup>(40)</sup>. Y esto se explica fácilmente, porque, como el Nuevo Instituto, había de estar afiliado a alguna de las Ordenes antiguas legalmente establecidas en España, los Fundadores, para salvar la Ley, quisieron afiliarse a la más antigua de todas, porque dejaría más facilidad para la implantación de lo que constituiría la originalidad del Nuevo Instituto. Y desde

---

<sup>37</sup> *Aut.*, 165.

<sup>38</sup> *Ibid.*, 185

<sup>39</sup> «... me daba mucha devoción, porque su pequeñez y pobreza me recordaba la santa y afortunada cueva de Belén». *Aut.*, 188.

<sup>40</sup> CMPO, sin fecha.

aquel mismo momento empezaron a regirse por la Regla de San Benito, pero con las modificaciones verbales que a los Fundadores les habían parecido oportunas. Como conclusión de toda la ceremonia, el Arzobispo les puso por su propia mano la Clausura. Fueron testigos de la ceremonia los presbíteros Don Paladio Curríus, Pro-Secretario de Cámara, y D. José Manuel Díaz, Capellán de las Monjas. Empezaban para las cuatro aspirantes una etapa tan nueva en su vida, que hasta en su nombre se pudo advertir el cambio. Ya no se llamarán de ahora en adelante, como hasta aquí: Antonia París y Riera, Josefa Caixal, María Gual y Antonia Gual, sino *María Antonia de San Pedro*, *María Josefa de San Pablo*, *María Rosa de San Juan* y *María Encarnación de los Santos Simón y Judas*, respectivamente.

La incipiente comunidad ya tiene su nombre: «*Instituto Apostólico de la Inmaculada Concepción de María Santísima*»; este nombre sufrirá, con el correr del tiempo, algunas modificaciones, hasta desembocar en el actual: *Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas*. Tiene sus fines: una institución religiosa en la que se unen la vida contemplativas y la vida activa: contemplación, clausura, rezo del Oficio divino, y apostolado que de momento se centrará únicamente en la enseñanza de niñas, pero los ideales de la Madre y de sus hijas son más amplios. Y para la realización práctica de este estilo de vida se han impuesto a sí mismas unas normas, un horario; además cada día de la semana tendrán su propio afán, distinto e los demás con lo que se romperá la monotonía engendradora de la rutina: un día será la plática del P. Confesor, otro el capítulo de faltas, otro el ayuda en honor de la Virgen.

Para el ensayo de la vida que intentan abrazar definitivamente, cuando lleguen los permisos necesarios, sea completo, no falta nada más que iniciar el apostolado. El día 15 de junio del mismo año 1853 se inaugura oficialmente el flamante Colegio de las monjas. La apertura de las clases fue un éxito completo. Las señoras de la mejor sociedad santiaguesa acudían al Callejón del Carmen en demanda de un puesto escolar para sus hijas. Pero que tengan paciencia; primero las más pobres; después cuando haya locales más amplios, podrían admitirse de todas las clases sociales. De momento, solo se da entra las más necesitadas.

Desde el primer día empiezan a llegar niñas. Con sus voces y sus juegos ponen una nota nueva de alegría en el escondido Callejón del Carmen. Las primeras se encargan de ir haciendo la propaganda. Cada día van viniendo más niñas a la escuela. Al llegar a las treinta tienen que cerrar la matrícula. El número es muy reducido, pero aun así las dos habitaciones habilitadas para clases están a punto de estallar.

La fundación del nuevo Instituto estaba en marcha. Solamente faltaban las formalidades jurídicas; pero éstas van a traer todavía muchos quebraderos de cabeza a la Madre María Antonia París de San Pedro, al P. Claret y a todos los que, por esta cuestión, tengan que rozarse con ellos.

## 8. *La Casa-Madre del Instituto*

La apertura de las clases vino a demostrar a todos que estaban interesados en la buena marcha e la incipiente comunidad que era urgente la adquisición de un lugar adecuado en el cual establecer definitivamente la residencia e las monjas y unos locales más amplios para el prometedor apostolado de la enseñanza. Además eran muchas las vocaciones que estaban llamando a las puertas de la nueva Institución. El Dr. Caixal tenía preparadas ya nueve candidatas que estaban decididas a emprender el camino de Cuba en cuanto les dieran la señal de partida. Había que ir pensando en la adquisición de una casa más amplia. El Provisor, D. Juan Nepomuceno Lobo, y D. Paladio Curríus se fijaron en un local amplio que estaba en venta en la calle de San Germán, número 72, esquina a la calle de San Felipe. Era una vivienda espaciosa de dos pisos, que aunque no reunía todas las características de un convento propiamente dicho, sin embargo era mucho más apto para los fines del apostolado del Instituto

que la casita del callejón del Carmen. El P. Curríus describía así esta nueva morada, la que iba a ser la Casa-Madre del Instituto:

«En ésta lo que ocupa el convento, sin ser convento...no tiene más que 29 varas de frente por 33 de fondo. Y en dicho espacio hay clase, capilla, coro, laboratorio, noviciado, celdas, su comedor doble, ect.»<sup>(41)</sup>.

Pero el P. Fundador, mirando el porvenir del convento y del Instituto decidió también comprar el solar contiguo al convento, de modo que con la nueva adquisición, la propiedad de las Madres alcanzaba unas 42 varas de fondo por 55 de frente. La casa y el solar se valoraron globalmente en 15.000 duros, que el P. Claret se comprometió a pagar en varios plazos. El día 22 de marzo de 1854 se firmó la escritura de compra-venta, poniéndose a nombre de la Madre María Antonia París de San Pedro. Pero ya antes de esta firma oficial habían tomado las monjas posesión de su nueva vivienda. El traslado se hizo el día 13 de diciembre de 1853, porque ya estaban en camino las aspirantes enviadas desde España por el Doctor Caixal. El mismo P. Fundador les renovó la clausura en la nueva casa.

El pago de los plazos de la casa puso en alguna ocasión en verdaderos apuros económicos al P. Fundador, que no andaba muy sobrado de fondos; la propaganda de libros le empeñaba la mayor parte de sus ingresos como Arzobispo. Por ello, también las monjas tuvieron que contribuir con sus pequeños ahorros:

« ...cuando se hacía el pago de la Casa, me exigía toda la plata que había en casa para ayudar a pagar, y así lo quiere mientras viva; y el Provisor era de tan recta conciencia que decía que hasta una peseta estaba obligado el Arzobispo a exigirnos»<sup>(42)</sup>.

Ahora ya tenía local suficiente para ampliar la matrícula de las clases y para dar acogida a las vocaciones que fueran viniendo. El día 15 de enero llegaron de España las nueve aspirantes, a las que, el 1 de febrero, fiesta de la Purificación, se les impuso el santo Hábito y empezaron el noviciado. Una nueva tarea sobre los hombros de la M. Fundadora, la responsabilidad de Maestra de Novicias; había que infundir el espíritu del Instituto en aquellas aspirantes, que se diferenciaban de las tres primeras en que no habían podido ser seleccionadas personalmente por la Madre.

No le faltaba, pues, trabajo a la Madre Antonia en aquella comunidad, multiplicada por tres en tan breve espacio de tiempo. Nueva tarea y nuevas preocupaciones: había que formar, moldear aquellos espíritus que no se sabía cómo responderían. Había que llenar también nueve bocas más. Había que duplicar el presupuesto, y las economías no podían dar de sí como para vivir de renta si no se trabajaba firme. La Fundadora pasó sus apuros económicos:

« Una vez estaba algo pesarosa pensando cómo sostendría la Casa con tanta gente, pues me vinieron nueve jóvenes a la vez para vestir el Santo Hábito, y tan pobres que no me trajeron ni una peseta, y de ropas tan miserables que algunas o las más con pena podían mudarse; y por otra parte conocí bien pronto que entre todas sólo había dos laboriosas y las demás amigas de todo regalo y descanso, esto era la causa de mi desconsuelo, más que la pobreza; porque pobres las quiero yo, pero laboriosas ...»<sup>(43)</sup>.

Afortunadamente, pronto se desvanecieron estas preocupaciones económicas:

---

<sup>41</sup> EXC, 31 oct. 1857.

<sup>42</sup> *Aut.*, 216.

<sup>43</sup> *Aut.*, 88.

«...entonces empecé a acordarme cuan bien cumple su palabra este gran Señor que todo lo puede, y que quien cuida tan bien cuatro hormiguillas que éramos entonces, tiene poder para sustentar cuatro mil esposas suyas, y todo el mundo entero» <sup>(44)</sup>.

En cambio, no disminuyeron sus inquietudes en torno al espíritu y vocación religiosa de aquellas jóvenes. El juicio que emite sobre ellas no es muy laudatorio:

«Estas jóvenes me dieron mucho que sufrir, porque casi todas eran muy amigas de todo regalo; poco trabajar, bien comer; y reír que no parecía sino que habían venido a dar un paseo de buen tiempo. Y hasta ellas me decían, algunas, que habían venido sin ninguna intención de ser religiosas. Puédese pensar cuánto me costaría el cultivar algún tanto estos espíritus tan libres! Especialmente la mayor parte de ellas y con la poca ayuda de un Confesos indulgente» <sup>(45)</sup>.

Cuando la Madre María Antonia escribía estas líneas tan pesimistas estaba aún bajo la impresión de la tremenda amargura que le proporcionó una de las novicias, la cual a los 14 meses de su llegada, en marzo de 1855 se fugó del convento, causando el escándalo que se puede suponer en toda la ciudad. Este hecho doloroso sirvió, ante todo, para someterlas a una cura de humildad ante la población «que hasta entonces nos tenían como por Angeles» <sup>(46)</sup>, y, además, para afianzarlas en su fidelidad a la vocación: «Desde este hecho, dice la Madre, quedaron todas mucho más fervorosas que no había, estado nunca. Esto ha hecho siempre Nuestro Señor en esta su Obra, que de todo lo que el infierno pretendía sacar mal, Dios Nuestro Señor sacaba mayores bienes» <sup>(47)</sup>. Otras dos de estas novicias murieron antes de un año, víctimas de las fiebres endémicas de la Isla, y, según la Madre, sin auténtica vocación religiosa <sup>(48)</sup>. Pero las otras seis fueron todas religiosas muy ejemplares como a su tiempo se dirá; una de ellas – M. Gertrudis Barril de San Felipe – será el brazo derecho de la Madre Fundadora; la acompañará en todos sus desplazamientos y en las nuevas fundaciones, haciéndole siempre de secretaria.

Con estas dolorosas experiencias se iban preparando sus almas para la indecible alegría que todas las iba a inundar la ya inminente llegada de la Bula de Pío IX permitiendo la fundación. Pero esta Bula tiene larga historia que es preciso relatar en el capítulo siguiente.

---

<sup>44</sup> *Aut.*, 90.

<sup>45</sup> *Aut.*, 199.

<sup>46</sup> *Aut.*, 200.

<sup>47</sup> *Aut.*, 201.

<sup>48</sup> *Aut.*, 199-200.